

PARTE 2

EL ROSTRO DE LA FAMILIA DESDE LA PERSPECTIVA
TRINITARIA: COMUNIDAD DE AMOR, ESPERANZA Y
DESARROLLO SOCIAL

CAPÍTULO 3

LA FAMILIA COMO COMUNIDAD DE VIDA Y AMOR

A lo largo de los capítulos anteriores la expresión “comunidad” ha sido una constante. Nos referíamos al peso teológico de concebir a Dios como una comunidad de personas en el amor y sus consecuencias para el cristiano. Si Dios es comunidad y el hombre es imagen de Dios, entonces el hombre está llamado a una vida no en solitario, sino con los demás. Esto fue básicamente el aporte de la teología trinitaria a la teología de la familia.

También en el Concilio descubríamos que la comunidad humana está llamada a ser la “familia de Dios”, icono del amor del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. El hombre, al ser criatura de Dios, obra de sus manos, está llamado a una vocación humana y divina como la de asociarse y vivir en y entre comunidad de personas, siendo la primera la compuesta por hombre y mujer, la familia de origen matrimonial¹.

Nos corresponde ahora profundizar en lo que significa el hecho de considerar la familia como una “íntima comunidad de vida y amor” en diálogo con la cultura actual en la que el sentido comunitario poco a poco pierde importancia y en la que el amor pasa a ser algo superficial y carente de su verdadero significado.

¹ Cf. GS 12 y 22.

Cuestiones en la sociedad actual que dificultan la función de la familia como comunidad de vida y amor

Panorama general

Los cambios acelerados en la cultura y en su pensamiento han propiciado una concepción en la que la familia está cada vez más amenazada. Algunos pensadores proclaman el fin de la familia convencional (de marcado influjo cristiano) y proponen nuevos modelos de familias² estructurados desde el llamado “amor libre” que exaltan la libertad personal y el libre desarrollo de la autonomía.

Ha hecho carrera en Occidente la idea marxista de la familia como institución represiva y autoritaria que había que suprimirse por coartar la libertad individual especialmente la de las mujeres. Su crítica al cristianismo llevaba también consigo la crítica a la familia, sus valores y a su influjo educativo y social. Destruir la familia, su unidad, y su influencia en la sociedad era y es un objetivo desde Marx hasta la actualidad. En este periodo de tiempo, Estado y Familia aparecen en pugna, ya que aquél quiere ser la institución que enseña, corrige y gobierna las conciencias según sus intereses³.

Aunque la pretensión marxista de la desaparición total de la familia hoy no se sostiene, lo cierto es que la familia cristiana fundada en el matrimonio entre hombre y mujer atraviesa una importante crisis. En la actualidad esa pretensión adquiere nuevos tonos de relativización del amor, de la verdad, y la exaltación de la libertad y la autonomía. En tal contexto se hace apremiante la verdad del matrimonio y la familia como un bien precioso y necesario para el mundo⁴.

Los estudios sobre la familia muestran la tendencia mundial, particularmente en el caso europeo y español, a partir de la década de los 90 de una evolución de la familia que se ha ido modificando de manera considerable, pudiendo destacarse como más relevantes las

2 Véase el estudio sociológico sobre la situación familiar en Occidente, tomando como marco la sociedad española. Cf. María Crespo, María Hernández Sampelayo y Sara Pérez, *¿Familia o familias? Estructura familiar en la sociedad actual*, (Madrid: Sekotia, 2005).

3 Cf. Siegfried Schindele, *El papel del padre en la familia cristiana*, (Madrid: PPC, 1982), 7-8.

4 Cf. FC 2.

siguientes características: aumento de la proporción de hogares de una sola persona, la reducción del tamaño de los hogares privados, el aumento en la edad del primer matrimonio, aumento de la edad de la madre al tener su primer hijo, la emancipación de los jóvenes cada vez más tarde, y por supuesto, el creciente número de abortos⁵.

También asistimos a la evolución del estilo de vida familiar provocado por el trabajo, la escuela y la cultura⁶. Hay menos tiempo de encuentro entre padres e hijos y ha hecho carrera la imagen de familias con un solo padre o ninguno⁷. Se podría afirmar que hay menos familias “tradicionales” (padre, madre, hijos y parientes cercanos) y más familias emergentes, producto del concepto de familia actual, que va de la mano del concepto de libertad, autonomía y felicidad que vende la cultura actual a través de los medios de comunicación⁸.

El análisis de la situación de la familia en el contexto actual puede ayudar a visibilizar la magnitud del problema. Nos remitimos al contexto europeo en el que los problemas de la familia se han ido agravando en los últimos años hasta alcanzar un panorama desolador. Europa está inmersa en un invierno demográfico sin precedentes y se ha convertido en un continente viejo, con un gran déficit de natalidad, con cada vez menos matrimonios, más rotos y con los hogares vaciándose⁹.

El último informe sobre la evolución de la familia en Europa (2009-2010), realizado por el IPF (Instituto de Política Familiar no gubernamental, con sede en Madrid), destaca que la situación de la familia

5 Cf. Crespo, Hernández Sampelayo y Pérez, *¿Familia o familias?...*, 20-21.

6 Cf. Dionisio Borobio (coord.), *La familia en un mundo cambiante*, (Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1994).

7 Cf. Gerardo Meil Landwerlin, “Padres e hijos en la España actual”, *Colección estudios sociales* 19 (Barcelona: La Caixa, colección estudios sociales, N° 19, 2006), 183.

8 Según Ángel Galindo, la situación de la familia actual con la aparición de modelos dispares de familia impide y dificulta el consenso de los derechos de la familia y reclama que, por razones de justicia y seguridad, los derechos humanos están exigiendo un derecho positivo que regule a la familia, que busque el cumplimiento y la satisfacción de los derechos humanos de todos sus miembros. Cf. Galindo, “Horizonte antropológico y social de la familia”, en: Galindo (coord.), *Hacia una teología...*, 113.

9 Cf. Los Documentos emitidos por los organismos europeos sobre la familia: *Tratando el impacto del envejecimiento de la población en la Unión Europea* (COM 2009 180/4); *Sobre el futuro demográfico de Europa* (A6-0024/2008); Dictamen sobre *La familia y la evolución demográfica* (SOC 245 — CESE 55/2007); *Hacia una Estrategia de la Unión Europea sobre los Derechos de la Infancia* (A6-0520/2007); *Comunicación Promoviendo la solidaridad entre generaciones* (COM 2007); Informe sobre *Igualdad entre hombres y mujeres en la UE* (A6-0290/2007); *El futuro demográfico de Europa: transformar un reto en una oportunidad* (COM 2006); Informe sobre *La conciliación de la vida profesional, familiar y privada* (A5-0092/2004); *Sobre la protección de la familia y del niño* (A4-004/99).

está provocando unos efectos constatables, tanto en la dimensión económica como en la social. En lo *económico* se está produciendo un incremento del gasto público por el envejecimiento poblacional, con un aumento de las partidas dedicadas a pensiones y gastos sanitarios. Gastos que, añadidos a los efectos que produce la caída de ingresos públicos por el déficit de natalidad, pueden acabar por provocar la reducción/eliminación de prestaciones sociales y la quiebra del estado del bienestar. En cuanto a los *efectos sociales* emerge con toda intensidad una sociedad desestructurada por la ruptura familiar, con hogares cada vez más solitarios, con un individualismo creciente y una pérdida de los valores y referencias que hacen posible la cohesión social¹⁰.

Tal informe presentaba un panorama preocupante con datos como:

- Europa es cada vez más vieja: ya hay 6,5 millones más de personas mayores que de jóvenes.
- El déficit de natalidad y el aumento de la población mayor ha provocado el aumento de la edad media de la población en 40 años aproximadamente.
- De seguir esta tendencia, en el año 2050 las consecuencias del invierno demográfico serán catastróficas.
- Anualmente nacen 774.000 niños menos que hace 26 años.
- Se han producido 28 millones de abortos desde 1990, convirtiéndose en la primera causa de mortalidad en Europa. Cada 3 minutos aborta una chica adolescente en Europa.
- La ruptura matrimonial supera el millón de divorcios anuales, de manera que se rompe un matrimonio cada 30 segundos.
- Los hogares europeos son cada vez más solitarios: 1 de 4 hogares en Europa es unipersonal.
- Los hogares europeos tienen cada vez menos niños: 2 de cada 3 hogares no tienen ningún niño.

¹⁰ Cf. Instituto de Política Familiar, *Informe sobre la evolución de la familia en Europa 2009-2010*, (Madrid 2009), 4, en: http://www.unav.es/matrimonioyfamilia/b/.../IPF_Familia-Europa-2009.pdf.

Termina el informe concluyendo que Europa, tal como está, es una sociedad vieja, sin niños, con hogares solitarios, familias rotas y sin valores. A tal situación hay que agregarle desde el ámbito moral y religioso situaciones que afectan directamente a la familia y que el documento no menciona, tales como: la desunión familiar, la falta de dedicación de tiempo para fraguar el amor familiar, la educación religiosa nula o relegada a la escuela y la cultura, el eclipse del carácter sagrado de la familia, el influjo de la mentalidad consumista, etc¹¹.

El mismo IPF recomendaba en su presentación del informe al Parlamento Europeo en noviembre de 2009 que, aunque existe por parte de ese organismo sensibilidad hacia la problemática de la familia, se debe concretar en acciones concretas como:

- Organismos adecuados destinados a la familia.
- Dotaciones presupuestarias suficientes.
- Planes, medidas y leyes que aborden y solucionen la problemática de la familia.

Sería necesario, reorientar las políticas familiares que vienen desarrollando las distintas administraciones de los Estados de la Unión, de manera que se enfoquen también a la familia en cuanto grupo social, a fin de facilitar el cumplimiento correcto de sus funciones. Una política de la familia que apunte expresamente a lo concerniente al grupo familiar en cuanto medio afectivo, educativo, económico y social, supone que no se legisle sólo en términos de individuos, sino en términos y en función de personas que viven en una familia¹².

Los atentados contra el amor y la vida

En la sociedad actual nos enfrentamos a la “relativización del Amor” en palabras del Papa Benedicto XVI, *al problema de la trivialización de la realidad del Amor*. El amor se ha vuelto una propaganda de consumo y hasta de fabricación: “hacer el amor”. “El término ‘amor’ se ha

11 Cf. El estudio que hace Ángel Galindo sobre la familia y la sociedad actual y su énfasis en la familia como una comunidad educativa y escuela de convivencia ante el impacto de la sociedad actual de consumo. “Retos a la presencia de la familia en la sociedad civil”, en: José-Román Flecha (ed.), *La familia en la Iglesia y en la Sociedad*, (Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2001), 15-38.

12 Cf. Instituto de Política Familiar, *Informe sobre la evolución de la familia en Europa 2009-2010...*, 10.

convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes”¹³.

En esa misma línea, José-Román Flecha, en su libro *Vida cristiana, vida teologal*, hablando sobre la virtud de la caridad, llama la atención que tanto la palabra “caridad” como la palabra “amor” han quedado “desvirtuadas”, porque a cualquier sentimiento se le llama hoy amor: desde el éxtasis místico hasta el ejercicio sexual más promiscuo e indiscriminado¹⁴.

El amor ha sido reducido a genitalidad, convirtiéndose en una asignatura pendiente ya que ha perdido su significado, su esencia de humanidad y conexión divina. La misma palabra “amor” se conecta casi exclusivamente con el placer sexual-genital que se promueve de la mano del aborto y del llamado “amor libre”. Basta encender la televisión, leer la prensa o dar un vistazo a las políticas educativas de nuestros estados para descubrir la tergiversación del amor y de sus valores cercanos.

En 1995, el Pontificio Consejo para la familia, en su célebre documento *Sexualidad humana: verdad y significado*, alertaba sobre el oscurecimiento de la verdad sobre el hombre y el amor que conllevaba una banalización del sexo por el influjo de un desviado concepto individualista de la libertad y de un contexto desprovisto de los valores fundamentales sobre la vida, el amor y la familia. Tal análisis sigue siendo de actualidad, pasados casi dos decenios¹⁵.

Por citar un ejemplo, hace un tiempo Extremadura promocionó una campaña¹⁶ subvencionada con 14.000 euros, con el nombre “el placer está en tus manos”, con la finalidad de fomentar la masturbación entre los menores de 14 a 17 años, argumentando que tal práctica favorecía el desarrollo armonioso de los jóvenes y su iniciación al amor. Curiosamente las clases en las que se iba a desarrollar este

13 DCE 17.

14 Cf. José-Román Flecha, *Vida cristiana, vida teologal*, (Salamanca: Secretariado Trinitario, 2002), 141.

15 Cf. Pontificio Consejo para la familia, *Sexualidad humana: verdad y significado, Orientaciones educativas en familia*, en: Pontificio Consejo para la familia, *Enchiridion de la familia. Documentos magisteriales y pastorales sobre la familia y la vida 1965-1999*, (Madrid: Editorial Palabra, 2002, 2 ed), 734.

16 David Vigarío, “Denuncia contra la junta de Extremadura”, *El Mundo*, 13-11-2009, 17.

proyecto eran las de sexualidad. Es decir, se reduce el amor y la educación sexual a la exploración genital y al uso de la misma.

Con respecto al aborto son lamentables los datos recientes¹⁷ sobre esta lacra especialmente en Europa. América Latina tampoco se escapa de este gravísimo problema. Colombia recientemente se sumó a los países donde el aborto está legalizado en algunos casos graves como violación o deformidad del feto. La última ley aprobada en el Congreso colombiano autorizó la enseñanza obligatoria del aborto como un derecho en los colegios estatales, quedando como de libre elección la enseñanza de la ética y la religión. Ese mismo día, el editorial de un periódico de inspiración cristiana se refería acertadamente al hecho con estas palabras:

Hay que decir que en este fallo judicial late una mentalidad que renuncia a la felicidad y se resigna con el bienestar, una mentalidad que asume con frivolidad la dimensión afectiva del ser humano, hasta el punto de volverlo un problema íntimo e individual y una mentalidad que fácilmente convierte un delito en un derecho. Frente a esta situación es necesario decir que lo que urge no es tanto hablar de los derechos sexuales y reproductivos de la mujer o del derecho al libre desarrollo de la personalidad, la urgencia primera está en recuperar el sentido de la vida, en educar el gusto por vivir, ya que la pérdida del mismo es el verdadero peligro de nuestra época, como decía Teilhard de Chardin. Educar en el gusto por vivir sí que aboliría los muros construidos por la soledad, sí que haría vivir de manera gozosa la afectividad, sí que desarrollaría plenamente la personalidad¹⁸.

Los dos ejemplos anteriores sólo son la punta del iceberg de un problema mayor, de una crisis más profunda. El problema es mucho más hondo que una determinada norma, de un sí o un no a la legalización del aborto, de la píldora del día después, de la eutanasia, del abandono de los padres, etc. Es un problema de mirada sobre el ser

17 Véase el reciente estudio sobre la evolución del aborto en Europa durante el 2010 dirigido por el Instituto de Política familiar, en: www.ipfe.com.

18 Editorial Páginas digital, *Colombia: el derecho al aborto en los colegios*, 04-11-2009, en: [http://paginasdigital.es/v_portal/informacion/informacionver.asp?cod=1282&te=67&idage=2396&vap=0].

humano, de la concepción de Dios, en definitiva, un problema de falta del verdadero amor.

La crisis de la familia puede hallarse en la crisis del amor, porque como comunidad de amor, sin este no hay comunidad de vida, no hay familia. Esta es la premisa fundamental de la teología sobre la familia cristiana. Lo expresaba muy bien Häring cuando afirmaba que el amor es el misterio desde el cual tiene la familia su profunda base. Sólo el amor sostiene la comunidad de vida de los esposos y la cohesión familiar alcanzando su más alto grado de dignidad cuando la familia se convierte en comunidad de salvación y sus funciones están ordenadas a este último fin¹⁹.

De ahí que la primera función de la familia como comunidad de vida y amor es educar en el verdadero amor. Ella es maestra de experiencia de Dios, ya que Dios es amor. Su experiencia de Dios se transparenta en el amor con el cual se aman la esposa y el esposo, estos con sus hijos y todos ellos con los demás miembros de la familia, con los amigos, la comunidad eclesial y su proyección social.

La familia puede educar en unas virtudes humanas que renueven la sociedad desde dentro. Virtudes como la austeridad, la justicia, la verdad, la dedicación apasionada a la paz y la comprensión, la apertura a la convivencia en el diálogo, el respeto y la tolerancia, la preparación para una integración armónica y serena de la sexualidad en el proyecto vital, la preparación para un trabajo realmente creativo y personalizante. La familia puede hacer posible y palpable la utopía de la nueva civilización del amor²⁰.

La teología de la familia, antes que abordar las distintas funciones de la familia cristiana, expresa que el valor fundamental de la institución familiar es Dios mismo y el amor que se desprende de Él. En otras palabras, amar con el amor con el que Dios ama es el primer cometido

19 Häring enumera ocho funciones primordiales de la familia entendida como comunidad de amor y vida que son: (1) La función religiosa, (2) la comunidad de mesa, (3) de educación y formación, (4) de protección, (5) de asistencia en caso de enfermedad, (6) cuidado a los ancianos, (7) promover una mejor situación social y la (8) función económica. Cf. Bernhard. Häring, *El matrimonio en nuestro tiempo*, (Barcelona: Herder, 1968) ("La familia como comunidad de amor y vida") 93-108.

20 Flecha. "Familia cristiana y evangelización", en: Galindo (coord.), *Hacia una teología de la familia...*, 351.

de la familia cristiana. Vivir la vida intratrinitaria de Dios es el fundamento de la familia entendida como comunidad de amor y vida.

El magisterio ha puesto de manifiesto esta crisis del amor en muchas ocasiones, afirmando que es necesario crear la civilización del amor²¹ y denunciando que los valores que la familia está llamada a desarrollar en su seno y a nivel social (amor, solidaridad, justicia, apertura al otro...) están en crisis o son tergiversados.

Nos encontramos ante la incoherencia entre los valores afirmados y los vividos. “Los valores como justicia, paz, solidaridad son los grandes valores proclamados por la sociedad actual, pero en la práctica son otros los que se viven: el ansia de bienes económicos, la seguridad personal, el protagonismo, el reconocimiento personal...”²², valores que atentan directamente contra el amor.

Ante tal panorama, la fe cristiana y su discurso racional (que es la teología) pretenden prestar el servicio de anunciar la verdad del ser humano a la luz del designio salvífico, que acontece dentro de la familia, desde la convicción de que:

La esencia de la existencia humana y la vida familiar es la caridad. La familia apunta nada más que a la perfección de la caridad. Es la escuela básica donde la caridad es cultivada hasta su perfección. La familia es el contexto adecuado donde una persona viene normalmente al mundo y experimenta el amor y madura. La familia tiene su origen en el plan amoroso de Dios (Gen 1:27) y se construye sobre el amor entre un hombre y una mujer donde los seres humanos entrevén una promesa irresistible de felicidad²³.

La primera función de la familia es la de ser una auténtica comunidad de vida y amor, educadora además en el ágape y para el ágape de Dios. Si la familia se comprende, primeramente, como comunidad de vida y amor, podrá ejercer su papel educativo en el interior de sí

21 Cf. CF 6.

22 Ángel Galindo, “Educación de los hijos en un contexto de crisis de valores”, *Familia* 5 (1992), 60.

23 A. Palacka, *The family: Testimony of caritas in the light of Deus caritas est*. Pontificia Universitas Lateranensis. Pontificium Institutum Ioannes Paulus II Studiorum matrimonii et Familiae. Excerptum theseos ad Doctoratum in s. Theologia, Roma 2009, 9.

misma y proyectarse al exterior como un espacio educativo necesario para el desarrollo de la persona y de la sociedad.

Lo que distingue al matrimonio y a la familia de otra comunidad y sociedad es el modo especial con que el amor constituye el núcleo de su ser y la peculiar naturaleza de este amor. Otras sociedades pueden fundarse en una finalidad común, pero el alma de la familia, su más íntimo sentido, no es una finalidad exterior, sino el amor²⁴.

Significado e importancia de la familia como comunidad de amor y vida en el magisterio reciente

El tema de la familia como comunidad de amor y vida ha sido tratado extensamente por el magisterio. El Concilio se refirió a la familia como “íntima comunidad de vida y amor”²⁵ teniendo como trasfondo la base antropológica explicada en GS 12, donde se afirma citando a Génesis 1:27, que “Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio los hizo hombre y mujer”. Quiso manifestar que la familia es la expresión primera de la comunión de personas humanas y tal comunión es posible por la naturaleza social del ser humano que despliega sus cualidades en la relación con los demás.

GS 12 es de singular importancia porque fundamenta la dignidad del ser humano a la luz de la imagen y semejanza con Dios y entrevé que esa dignidad se eleva y es posible principalmente en el contexto de la comunidad de vida y amor que es la familia. La vida es para vivirla *no en solitario*, sino en comunión de personas, que compartan su propia vida y su proyecto sostenido por el amor.

Es importante el impulso de esta visión del Concilio desarrollada en la FC 18-27 que profundiza en la formación de la comunidad de personas teniendo como centro el amor de los esposos como fuente del amor familiar. También se encuentran ecos de esta doctrina de la *communio personarum* en la CF 6-12 en el marco del aporte en la construcción de la civilización del amor, y en la EV donde recuerda el compromiso

²⁴ Häring, *El matrimonio en nuestro tiempo...*, 93.

²⁵ GS 48.

de todos por sostener la familia como comunidad de amor y vida y el trabajo para afianzar “una nueva cultura de la vida humana, para la edificación de una auténtica civilización de la verdad y el amor”²⁶.

Iniciaremos este recorrido por el magisterio presentando el amor conyugal y familiar desde la perspectiva del Concilio, así como la profundización del significado de esta “íntima comunidad de vida y amor” en la FC y su influencia posterior en dos documentos no menos importantes como son la CF y la EV. Concluiremos en lo que hemos llamado el retorno al significado del verdadero amor desde la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI.

El amor conyugal como fuente del amor familiar desde la perspectiva del Concilio

La valoración hecha por el Concilio del amor humano a la luz del amor divino, ha sido uno de los mayores aportes a la renovación de la institución matrimonial, situando el amor desde una ética personalista y comprendiendo el matrimonio como “íntima comunión de vida y amor”²⁷. Los anteriores números tratan sobre la correcta vivencia del amor dentro del matrimonio, indicando sus notas propias y “superando en mucho la inclinación simplemente erótica que, cultivada por sí misma, pronto se desvanece de una forma lamentable”²⁸.

Marciano Vidal comenta que el amor conyugal en el marco de una comprensión personalista del matrimonio es la base de toda la ética conyugal. Este amor se convierte en el supremo indicativo (don) y en el supremo imperativo (tarea) del matrimonio. De este modo se supera el viejo planteamiento de la ética matrimonial a través de las exigencias emanadas de los llamados “fines del matrimonio”. Inaugurándose un nuevo paradigma teológico-moral surgido de la renovación del Concilio Vaticano II que puede ser denominado “personalista”²⁹.

El Concilio presenta la ética del amor conyugal³⁰ desde una visión optimista que, lejos del pesimismo ante la sexualidad de siglos

26 EV 6.

27 Cf. GS 49-51.

28 GS 49.

29 Cf. Marciano Vidal, *El matrimonio. Entre el ideal cristiano y la fragilidad humana*, (Bilbao: Desclée de Brouwer, 2003), 89.

30 Cf. GS 49.

pasados que invitaban al ascetismo y a las restricciones en la intimidad conyugal, se centra en el ámbito del crecimiento de las relaciones, de lo característico de lo humano, que es amar y ser amado: un amor fundado por Cristo y en Cristo, como lo afirma GS 48b:

Cristo, el Señor, ha bendecido abundantemente este amor multiforme, nacido de la fuente divina de la caridad y construido a semejanza de su unión con la Iglesia. Pues de la misma manera que Dios en otro tiempo salió al encuentro de su pueblo con una alianza de amor y fidelidad, ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos.

Tal cambio de perspectiva sobre el amor de los esposos desde Cristo supera el concepto pesimista del matrimonio como alivio o “remedio de la concupiscencia”³¹, invencible e irreprimible, cuyo trasfondo antropológico y moral tuvo como consecuencia el desdibujamiento del amor humano, presente en cierta parte del cristianismo de corte puritano y ascético³².

A la luz de los avances teológicos resulta difícil hablar del *remedio de la concupiscencia* como fin del matrimonio. Esto viene a constituir el último reducto de toda una teología de negación o de tolerancia frente al matrimonio. Se llegaron a considerar pecaminosas las relaciones conyugales, al paso que otros más moderadamente enjuiciaban el matrimonio como una fornicación legalizada³³.

31 Cf. La interpretación que hace Tomás de Aquino sobre el pensamiento de Agustín en su *Suma teológica*, radicalizó la postura acerca del matrimonio visto como cauce para equilibrar el desorden por debilidad sexual que los hombres llevan tras el pecado original. Esta debilidad se “alivia” en el matrimonio considerado como *remedium concupiscentiae* y por lo tanto, como el lugar en el que las relaciones sexuales malas en sí mismas se tornan buenas porque van destinadas a la procreación y evitan el “vicio de la lujuria”. Cf. *STh* II, 2, q.153.

La teología cristiana le ha dado a la expresión “concupiscencia de la carne” el sentido particular de un movimiento del apetito sensible que contraría la obra de la razón humana. El CCE 2514-2515 lo ejemplifica con el texto de Éxodo 20, 17 en el que haciendo referencia a la prohibición del noveno mandamiento: “no codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo”, señala la prohibición a toda forma vehemente de deseo humano.

32 Cf. Adnés, *El Matrimonio...*, 122-123.

33 *Ibíd.*, 244.

De Lanversin en su estudio *sobre los fundamentos sagrados del orden de la creación en el matrimonio natural*³⁴ presenta un dato importante para nuestro estudio afirmando que el Concilio Vaticano II renovó la visión del amor conyugal en el sentido de vivencia de la pareja y de su dimensión social, abriendo el horizonte para pensar el misterio del matrimonio y de la familia desde una raíz trinitaria³⁵.

Pero no sería justo afirmar que las enseñanzas de la Iglesia entorno al matrimonio y la familia giraron alrededor de una concepción negativa del amor humano, ya que sobre el amor conyugal de los esposos se había escrito en extenso a lo largo de la tradición de la Iglesia y de manera sublime³⁶. En los años anteriores al Concilio ya se percibía un cierto cambio al referirse al amor en el matrimonio y la familia no como simple amor espiritual, como afectividad movida por la caridad, desexualizada, sino desde una dimensión física y sexual, al mismo tiempo que espiritual. Es valioso el siguiente texto al respecto:

Pío XII fue el que por primera vez, en su célebre alocución a las comadronas de 29 de octubre de 1951, tuvo el coraje de situar la sexualidad humana en su realidad existencial entre los esposos, tal como era querida por Dios *en el orden de la creación*. En ese momento afirmó: 'El creador mismo estableció que en esta función (de procreación) los esposos sintieran un placer y una satisfacción de cuerpo y espíritu. Por tanto, los esposos no hacen nada malo al buscar y al gozar de este placer. Aceptan lo que el creador les ha destinado'.³⁷

Tal vivencia del amor conyugal en el seno del matrimonio y de la familia permitiría mostrar al mundo los valores profundos y positivos a los que aspiran los cristianos y, de ese modo, hacer frente a una sociedad que cada vez más margina a las familias o las suma al consumismo y al materialismo típico de nuestra época.

34 Cf. B. De Lanversin, "Concilio y Matrimonio", en: René Latourelle (ed.), *Vaticano II: Balance y perspectivas (1962-1987)*..., 571-584.

35 Cf. *Ibid.*, 572.

36 Cf. Antonio Hortelano, *El amor y las familias en las nuevas perspectivas cristianas*, (Salamanca: Ediciones Sigueme, 1971) ("El misterio cristiano del amor") 61-95.

37 B. De Lanversin, "Concilio y Matrimonio" ..., 571-584, p. 573.

Este modo de pensar el amor humano a la luz del amor divino es fundamental en el desarrollo de “una teología de la familia” desde el Misterio trinitario de Dios, ya que la familia está en el origen de la revelación de Dios Uno y Trino, que se expresa bíblicamente en la naturaleza salvífica, en la alianza que el hombre y la mujer realizan en la familia fundada en el matrimonio, contribuyendo a la construcción de una familia más humana y más justa, que aman según el designio divino, según el amor de Dios³⁸.

Este amor conyugal encuentra en el amor Trinitario su ejemplar absoluto. El magisterio de Juan Pablo II ha profundizado sobre esta realidad presentando en línea directa con los principios enunciados por el Concilio una antropología sobre el misterio de la unión del hombre y la mujer, tal como fue concebido por Dios “desde el origen” en el orden sagrado de la creación³⁹.

La *Communio personarum* en la *Familiaris consortio*

La FC fue el fruto de la VI Asamblea del Sínodo de los Obispos celebrado en Roma en el otoño de 1980 bajo el tema “La misión de la familia en el mundo contemporáneo”. Más de doscientos obispos y cardenales, con la aportación de once expertos y cuarenta y dos auditores, entre los cuales había dieciséis matrimonios, una religiosa, la madre Teresa de Calcuta, educadores y médicos, estudiaron el tema de la familia en veintiocho sesiones y cuatro intervenciones en las diez asambleas plenarias y las sesiones de estudio de los once grupos lingüísticos, además de sesenta y dos informes escritos⁴⁰.

El Sínodo constituyó una profunda revisión y examen de conciencia sobre la familia cristiana. El entonces arzobispo de Múnich, cardenal Ratzinger, relator oficial, calificó el *Instrumentum laboris* elaborado con vistas al Sínodo como un “breviario de los problemas de la familia” y el secretario general, Josef Tomko llamó a la Exhortación apostólica “Suma de la visión de la Iglesia sobre la familia”⁴¹.

38 Cf. *Ibid.*, 583.

39 Sobre este punto ya hemos hablado en el capítulo: “La relación Trinidad-Iglesia, Trinidad Familia” en el Concilio y seguiremos su profundización en el análisis de la FC, la HV y la CF.

40 Cf. Antonio Villarejo, *El matrimonio y la familia en la “Familiaris consortio”*, (Madrid: Ediciones Paulinas, 1984), 11.

41 Cf. *Ibid.*, 12-13.

Los padres sinodales clausuraron el Sínodo con un mensaje a las familias cristianas y propusieron al papa Juan Pablo II, con voto unánime, que las aportaciones hechas actualizaran la doctrina de la Iglesia acerca de la familia y su misión en el mundo actual. Al año siguiente, el papa publicó la Exhortación *Familiaris consortio*, el 22 de noviembre de 1981. La Exhortación se divide en tres partes: la primera sobre las “Luces y sombras de la familia en la actualidad” (nn. 4-10), la segunda “El designio de Dios sobre el matrimonio y la familia” (nn.11-16) y la tercera, la más extensa del documento, “Misión de la familia cristiana (nn.17-64).

La centralidad de la familia como *Communio personarum*⁴², es el motor de la reflexión magisterial desde el que se comprenden los demás números, ya que pone de manifiesto que la comunión de personas en el amor se convierte en imagen y símbolo de la Alianza que une a Dios con su pueblo y abre el camino para delinear la misión de la familia cristiana que en definitiva no es otra que “custodiar, revelar y comunicar el amor”⁴³.

La FC retoma la consideración conciliar de la familia como “íntima comunidad de vida y amor”⁴⁴ y explica su significado e importancia desde la convicción de que la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor. Este amor es el reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa⁴⁵.

Los números 18-27 de la FC explican concretamente lo que el magisterio entiende por la expresión “formación de una comunidad de personas”, siendo más que una simple comunidad de vida, de estar juntos, ya que si solo es esa la comprensión de la familia corremos el riesgo de minimizar su verdad teológica. La Iglesia no solo comprende a la familia como comunidad de vida de una pareja en sí misma sino que se refiere a ella como comunidad de vida y amor, haciendo referencia a su dimensión teológica. Sobre esto es revelador el número 18 cuando afirma:

42 FC 15.

43 FC 17.

44 GS 48.

45 Cf. FC 17.

La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño de desarrollar una auténtica comunidad de personas.

Así la principal tarea de esta comunidad de personas es ser familia en Dios desde el amor de Dios, ya que “sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas”⁴⁶. ¿Y qué significa este ser familia en Dios y desde su amor?

Significa mirar en el amor conyugal en el cual se funda la familia cristiana el modelo de amor familiar, ya que este amor, como lo explicaba GS 48, es de donación total de dos seres que se aman fiel y exclusivamente, manifestando el verdadero significado del amor que es de comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial en recíproca donación total⁴⁷. Este punto se ampliará en el apartado siguiente a la luz de la consideración del amor conyugal dado en el Concilio.

En el mismo documento, el papa Juan Pablo II explicaba que este amor fiel y exclusivo es una exigencia interior del pacto de amor que se confirma públicamente, vivido en plena fidelidad al designio de Dios Creador y que, lejos de rebajar la libertad de la persona, la defiende contra el subjetivismo y relativismo, haciéndole partícipe de la Sabiduría creadora⁴⁸.

Tal comunidad de vida y amor es entonces sostenida por un amor fiel y exclusivo de los cónyuges. Tal amor a imagen del amor divino, recibe al hombre cuando viene a este mundo. Sin ese amor y esa vida “se crea en la persona una carencia preocupante y dolorosa que pesará posteriormente durante toda la vida”⁴⁹. Sin ese amor y sin esa vida la familia no será una comunidad de pleno desarrollo humano, de crecimiento y de salvación.

46 FC 18.

47 Cf. FC 19.

48 Cf. FC II.

49 Cf. FC 2.

Ser familia en Dios y desde su amor significa además vivir un amor y compromiso indisoluble, para toda la vida, como fruto, signo y exigencia del amor absolutamente fiel que Dios tiene al hombre y que el Señor Jesús vive hacia la Iglesia⁵⁰. Sobre este amor se construye la más amplia comunión de la familia y se prolonga en todos sus miembros: “todos los miembros de la familia, cada uno según su propio don, tienen la gracia y la responsabilidad de construir, día a día, la comunión de las personas, haciendo de la familia una «escuela de humanidad más completa y más rica»⁵¹: es lo que sucede con el cuidado y el amor hacia los más pequeños, los enfermos y los ancianos; con el servicio recíproco de todos los días, compartiendo los bienes, alegrías y sufrimientos”⁵².

El Sínodo, al abordar la vivencia del verdadero amor en la familia recuerda la dignidad y promoción de todos sus miembros especialmente la dignidad común de los esposos y sus derechos y obligaciones⁵³. Y plantea el papel actual de la mujer en la sociedad y su acceso a las funciones públicas sin descuidar su papel de cuidado familiar y maternal insustituible, desde la convicción de que “la Iglesia, con el debido respeto por la diversa vocación del hombre y de la mujer, debe promover en la medida de lo posible en su misma vida su igualdad de derechos y de dignidad; y esto por el bien de todos, de la familia, de la sociedad y de la Iglesia”⁵⁴. Ante la mentalidad actual que considera al ser humano no como persona sino como cosa y objeto la exhortación anima a vencer definitivamente las prácticas ofensivas que desprecian la dignidad del hombre y la mujer⁵⁵, así como la función del padre en el hogar, especialmente su presencia activa⁵⁶, la acogida al niño⁵⁷ y el gran amor a los ancianos en la familia⁵⁸.

De la comprensión de la familia como comunidad de amor, de auténtica formación de comunión de personas y de vivencia del

50 Cf. FC 20.

51 GS 52.

52 FC 21.

53 Cf. FC 22.

54 FC 23.

55 Cf. FC 24.

56 Cf. FC 25.

57 Cf. FC 26.

58 Cf. FC 27.

verdadero amor que no es otro que el amor de Dios mismo, se entiende que la vida familiar es un “hacer vida”, un estar juntos como verdadera comunidad de personas que viven cercanas, con un ingrediente fundamental y es el de estar “abiertos a la vida”, desde un amor fecundo que la FC presenta con el título “Servicio a la vida”⁵⁹, en dos apartados: la transmisión de la vida⁶⁰ y la educación de los hijos⁶¹.

Como este servicio a la vida es parte de la aportación que la familia hace a la sociedad lo estudiaremos en el capítulo 5 (La familia como comunidad de auténtico desarrollo social). Basta decir aquí que la FC recoge y asume, casi literalmente, la declaración del Sínodo de que tanto el Concilio como la HV “han transmitido a nuestro tiempo un anuncio verdaderamente profético, que reafirma y propone de nuevo con claridad la doctrina y la norma siempre antigua y siempre nueva de la Iglesia sobre el matrimonio y sobre la transmisión de la vida humana”⁶².

FC 29 recuerda lo dicho por el Concilio⁶³ y reafirmado en la HV 9, 11 y 12 sobre el amor conyugal que debe ser plenamente humano, exclusivo y abierto a la vida. Este servicio a la vida, según la FC 36 haciendo alusión a GE 3, se prolonga en la tarea educativa de la familia especialmente de los padres. La familia es la primera escuela y los padres los primeros y educadores de los hijos⁶⁴.

*La *Communio personarum* en la Carta a las familias*

Al iniciar el año internacional de la familia, en 1994, el papa Juan Pablo II, el 2 de febrero, dirigía una *Carta a las familias* en las que nuevamente volvía a recordar los fundamentos en que se sostiene la familia cristiana. La explicitación del amor verdadero que construye a la familia y que le da identidad como comunidad de vida y amor, ha sido recogida en el magisterio posterior tanto en la CF que profundiza

59 Nn. 28-41.

60 Nn.28-35.

61 Nn 36-41.

62 FC 29.

63 Cf. GS 50.

64 Cf. FC 40.

en la familia como comunidad de amor, como en la Encíclica EV, que acentúa la dimensión de la familia como comunidad de vida.

La doctrina de la *Communio personarum* en la CF 6-12 se presenta en el marco del aporte de la familia en la construcción de la civilización del amor. Allí se vincula la comunidad de personas con su semejanza con Dios: el Misterio Trinitario de Dios, su vida, es el modelo originario de la familia; así como en Dios existe la comunión trinitaria, del mismo modo, en el hombre y la mujer se da un tipo de complemento recíproco que genera la comunión y la complementariedad entre ambos⁶⁵.

La familia es la más pequeña y primordial comunidad humana y su aportación a la sociedad es ser una comunidad de personas para las cuales el propio modo de existir y vivir juntos es la comunión. Esta llamada a la comunión, salvando la absoluta trascendencia del Creador respecto a la criatura, es posible porque hombre y mujer fueron creados a semejanza divina, con referencia ejemplar al “Nosotros” divino y porque sólo las personas son capaces de existir “en comunión”⁶⁶.

La CF hace un avance importante al manifestar el paso necesario y complementario que se debe dar en dos personas que se aman: inician un “nosotros”, una pequeña “sociedad”, una comunidad de personas que mediante el vínculo matrimonial establecen una comunidad de vida y amor, y esta comunidad se transforma en comunión fecunda abierta a la vida: “comunión de los cónyuges que da origen a la ‘comunidad familiar’”⁶⁷.

La CF es consciente de la crisis del amor en la cultura actual, que afecta a las familias y a su apertura al amor fecundo y fiel, señalando el egoísmo fruto de la inclinación humana hacia el mal que se esconde también en el amor humano y que debe ser purificado a la luz del amor divino. “El matrimonio sacramento es una alianza de personas en el amor. Y el amor puede ser profundizado y custodiado solamente por el amor, aquel amor que es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha sido dado (Rom, 5:5)”⁶⁸.

65 Cf. CF 6.

66 Cf. CF 7a.

67 Cf. CF 7d.

68 CF 7g.

Ante esta crisis del amor que se comprende por la crisis de la verdad que conlleva una pérdida del significado de términos como el amor, la libertad, la entrega sincera e incluso “persona”, el papa Juan Pablo II aboga por el anuncio de la verdad y de su esplendor remitiendo a su encíclica *Veritatis splendor*, desde la convicción de que “solamente si la verdad sobre la libertad y la comunión de las personas en el matrimonio y en la familia recupera su esplendor, empezará verdaderamente la edificación de la civilización del amor y será posible hablar con eficacia de ‘promover la dignidad del matrimonio y la familia’”⁶⁹.

Desde la anterior clave se comprenden los principales temas que el papa explica y que conforman la verdad sobre lo que significa la comunidad de vida y amor, como son: la unidad de los esposos⁷⁰; la genealogía de la persona y su destino⁷¹; el bien común del matrimonio y la familia⁷²; la entrega sincera de sí mismo⁷³ y la paternidad y maternidad responsables⁷⁴.

La Communio personarum en la Evangelium vitae

La EV publicada un año después de la CF, recuerda el compromiso de todos por sostener la familia como comunidad de vida y amor mediante el trabajo por afianzar “una nueva cultura de la vida humana, para la edificación de una auténtica civilización de la verdad y el amor”⁷⁵.

Esta encíclica retoma 30 años después del Concilio los numerosos delitos y atentados contra la vida humana que aparecían en GS 27 y señala que la vida sigue siendo amenazada, inclusive bajo el amparo y la autorización por parte de los Estados, siendo justificados algunos atentados contra la vida en nombre de los derechos de la libertad individual⁷⁶. Es necesario anunciar el Evangelio de la vida desde el cual resplandece la grandeza y el valor de la vida humana, su sacralidad desde su inicio hasta su término natural. Tal anuncio se encuentra en

69 CF 13e.

70 Cf. CF 8.

71 Cf. CF 9.

72 Cf. CF 10.

73 Cf. CF 11.

74 Cf. CF 12.

75 EV 6.

76 Cf. EV 3c; 4a.

el corazón del Evangelio que es el Evangelio del amor de Dios al hombre, de la dignidad de la persona y de la vida⁷⁷.

Llama la atención que si en la CF el papa invocaba el esplendor de la verdad sobre el amor, en esta encíclica este esplendor se invoca para una auténtica defensa de la vida y de su carácter inviolable, en palabras del papa: “una acuciante llamada a todos y a cada uno, en nombre de Dios: ¡respeta, defiende, ama y sirve a la vida, a toda vida humana! ¡Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad!”⁷⁸

La familia puede contribuir a ese esplendor de la verdad sobre la vida si hace valer con su testimonio a la sociedad el sentido de Dios y del hombre, ya que “quien se deja contagiar por esta atmósfera [de eclipse de sentido de Dios y del hombre], entra fácilmente en el torbellino de un terrible círculo vicioso: *perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre*, de su dignidad y de su vida”⁷⁹. “La criatura sin el Creador desaparece”⁸⁰, del mismo modo, la familia sin referencia a Dios se torna frágil en la vivencia del amor verdadero y de la percepción de la vida como realidad sagrada e inviolable. “Viviendo ‘como si Dios no existiera’, el hombre pierde no sólo el misterio de Dios, sino también el del mundo y el de su propio ser”⁸¹.

Ante la cultura de muerte aún hay signos de vida y esperanza en esposos y familias que, con generosa responsabilidad, saben acoger a los hijos como “el don más excelente del matrimonio”⁸². Familias que, además de su servicio cotidiano a la vida, acogen niños abandonados, jóvenes en dificultades, personas minusválidas y ancianos solos, y que prestan algún tipo de servicio en centros de ayuda a la vida. También es destacable la presencia de grupos de voluntarios dedicados a dar hospitalidad y apoyo a quienes no tienen familia o tienen necesidad

77 Cf. EV 2a, b y d.

78 EV 5e.

79 EV 21ª.

80 GS 36.

81 EV 22d.

82 GS 50.

de hallar un ambiente educativo que les ayude a superar comportamientos destructivos y a recuperar el sentido de la vida⁸³.

La familia contribuye a la construcción de la civilización del amor y de la vida dejándose guiar junto con la Iglesia por el ejemplo de Jesús “buen samaritano”⁸⁴, mirando por amor al prójimo más débil y necesitado, siendo luz ante la existencia de personas que han perdido su significado más auténticamente humano, siendo comunidad de paz y eligiendo incondicionalmente a favor de la vida⁸⁵.

La familia como comunidad de amor y vida puede ser testimonio de entrega incondicional a los demás proclamando que “la vida encuentra su centro, su sentido y su plenitud cuando se entrega”⁸⁶. Este servicio de entrega y amor al prójimo pasa por la defensa y promoción de la vida, especialmente cuando es más débil o está amenazada, siendo una exigencia no sólo personal sino también social, ya que todos debemos cultivar, poniendo el respeto incondicional de la vida humana como fundamento de una sociedad renovada⁸⁷.

La familia hace propia la misión que la encíclica dirige a la humanidad entera, misión que consiste en amar y respetar la vida de cada hombre y mujer, trabajando con constancia y valor, para que se instaure finalmente una cultura nueva de la vida, fruto de la cultura de la verdad y del amor. De esta manera, se puede hacer creíble el Evangelio de la vida desde el anuncio de un Dios vivo y cercano que nos llama a una profunda comunión con él y nos abre a la espera segura de la vida eterna⁸⁸.

Por último la encíclica recuerda a la familia su ser “Santuario de la Vida” y comunidad de vida y amor. Desde esa conciencia la llama a “custodiar, revelar y comunicar el amor”⁸⁹, el amor mismo de Dios, del cual los padres son colaboradores e intérpretes en la transmisión de la

83 Cf. EV 26.

84 Cf. Lc 10, 29-37.

85 Cf. Ev 27, 28a.

86 EV 51f.

87 Cf. EV 77c.

88 Cf. EV 77d; 81a.

89 FC 17.

vida y en la educación de los hijos⁹⁰. Un amor que se hace gratuidad, acogida, entrega, reconocimiento, respeto, y honra especialmente al más necesitado⁹¹.

Como Iglesia doméstica, la familia está llamada a anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la vida en una donación mutua del amor, como don que brota de la fuente del amor mediante la educación de los hijos⁹², la oración que celebra la vida⁹³, la práctica de la solidaridad entre familias⁹⁴ y la atención particular a los ancianos⁹⁵. Termina la encíclica insistiendo en la urgencia de la ayuda y apoyo a la familia, por parte de las sociedades y estados. Y motiva a la propia Iglesia a promover incansablemente una pastoral familiar que ayude a cada familia a redescubrir y vivir con alegría y valor su misión en relación con el Evangelio de la vida.

El retorno al significado del verdadero Amor.

Una lectura de *Deus caritas est*

En el capítulo I hacíamos referencia a la importancia de la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI en nuestro estudio sobre la familia. La encíclica no trata directamente sobre la familia pero pone de relieve una verdad fundamental: Dios mismo como Amor. Verdad que, según el papa, es la central del cristianismo. Si la familia es considerada comunidad fundada en el amor de Dios nos interesa ahondar sobre el significado profundo de este amor para descubrir el verdadero rostro del ejercicio de este amor en la familia.

La reflexión sobre el amor, en palabras de Benedicto XVI, responde al desamor con el que vive la cultura actual. Poner en el centro al amor como protagonista de la familia es fundamental en el panorama de crisis que sufre la institución, ya que si en la familia se vivencia el verdadero amor entonces ella recobra su esplendor y su importancia existencial.

⁹⁰ GS 50.

⁹¹ Cf. EV 92 a,b.

⁹² Cf. EV 92c.

⁹³ Cf. EV 93.

⁹⁴ Cf. EV 93 b,c.

⁹⁵ F. EV 94.

La aportación significativa de la encíclica en relación con la familia fue el de profundizar en el amor con el que Dios nos ama y, en consecuencia, el amor con el que se debe amar a los demás. La vivencia de este amor comprendido en su origen en Dios puede ayudarnos a descubrir la importancia que tiene la vivencia del amor en el seno familiar como la primera tarea de la familia que es ser comunidad en el amor, en el amor de Dios.

Para S. del Cura la encíclica incluye en el título su contenido: Dios es amor y lo novedoso de ella es que presenta el tema del amor no desde los tópicos acostumbrados sino desde la unidad del amor (*philia*, *eros* y *ágape*) y su articulación en el amor de Dios y el amor al prójimo.⁹⁶

Nos interesa mostrar, siguiendo el planteamiento de Santiago del Cura, cómo el papa presenta el amor de Dios como una verdad fundamental que tiene relevancia antropológica, eclesial, social y, particularmente en nuestro caso relevancia familiar, ya que la familia está llamada a vivir en y desde el amor, comunicando este amor al mundo y siendo ella misma maestra del verdadero amor.

El papa hace suya la afirmación del Ps-Dionisio que denomina a Dios simultáneamente como *eros* y *ágape*, y lo hace para caracterizar de modo nuevo las características del amor divino y la unidad de este amor. Ya la tradición profética había descrito el amor de Dios con imágenes eróticas audaces, presentando la analogía del amor matrimonial como el amor de Yahvé y su pueblo. La encíclica afirma tajantemente que en Dios se da la unidad del amor y explica lo que significa amar desde la unidad del amor que es *eros* y a su vez *ágape*.

¿Qué significa en la encíclica que Dios ame con amor erótico y agápico? Aquí hay que entender el *eros* no en el sentido de desmesura, desviación destructora, falsa divinización⁹⁷ o de arrebató momentáneo o enclaustramiento ensimismado⁹⁸, sino en cuanto “ímpetu” o

96 Cf. Santiago del Cura, “La unidad del amor en sus distintas dimensiones: relevancia de un armazón teológico presente en la encíclica «Deus caritas est»”, en: Flecha (coord.), *Dios es amor. Comentarios a la Encíclica de Benedicto XVI, Deus caritas est...*, 154.

97 DCE 4.

98 DCE 6.

“pasión” de Dios, amor flagrante o apasionado para con su pueblo,⁹⁹ en cuanto “unificación” en el amor¹⁰⁰.

Tal explicación se encuentra en la primera parte de la encíclica “La unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación”¹⁰¹. Los números 2-8 presentan la novedad del acercamiento a la comprensión del amor en Dios¹⁰² y los números 9-18 exponen cómo ese amor se nos presenta en la fe bíblica, siendo estos números de vital importancia para nuestro estudio, porque en ellos aparece la clara referencia analógica del amor de Dios en categorías de amor matrimonial.

El papa de entrada indica que en toda la multiplicidad de significados sobre el amor destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Además, se pregunta si todas las formas del amor tienen una unidad o se trata de diversas manifestaciones distintas del amor, diferentes amores¹⁰³.

Esta distinción del papa nos ayudará a ver más claramente este amor que la familia vive en sus distintos niveles: amor conyugal y familiar, expresión del único amor que envuelve a la familia y que la hace considerar como comunidad en el amor. ¿En qué amor? Sigamos el recorrido que hace el papa.

Benedicto XVI hace alusión a Nietzsche y a su extendida idea de la Iglesia como enemiga del eros. Este maestro de la sospecha consideraba que el cristianismo habría dado de beber al eros un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio¹⁰⁴. El matrimonio también hoy ha sido presentado como una institución

99 DCE 5.

100 DCE 10. Cf. *Ibíd.*, 166-167.

101 Nn. 2-18.

102 Véase el estudio de Cecilia Avenatti, “Eros y ágape. Unidad y complejidad de una experiencia (DCE 2-8)” y Joan Méndez, “La filosofía del amor”, en: Víctor Fernández- Carlos Galli (eds.) *Eros y ágape. Comentario a “Dios es amor”*, (Buenos Aires: Editorial San Pablo, 2008), 99-120 respectivamente.

103 Cf. DCE 2.

104 Cf. DCE 3.

que coarta el amor que en sí mismo es libre y creativo, como un veneno al amor del que hay que huir.

Ante la crítica anterior, el papa se pregunta si realmente el cristianismo ha destruido el amor y se vale de esta pregunta para precisar que los griegos para referirse al amor utilizaban tres términos: *eros*, *philia* y *ágape*. El cristianismo utilizará para presentar su mensaje el término *ágape*, marcando una diferencia con el de *eros* que hacía referencia a un arrebatado, “una locura divina” que mediante actos sexuales se lograba acceder y participar de la comunión con la divinidad¹⁰⁵.

No obstante, el cristianismo en modo alguno rechazó con ello el *eros* como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del *eros* que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza¹⁰⁶. Este “*eros* indisciplinado” que busca placer momentáneo necesita disciplina y purificación. Hace falta una purificación y maduración que incluye también la renuncia. Esto no es rechazar el *eros* ni “envenenarlo”, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza¹⁰⁷.

Añade el papa que el *eros* madura cuando en el ejercicio de amar lo hace con el cuerpo y el alma, es decir, con todo su ser, cuando la persona se implica toda ella en el acto de amar. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor -el *eros*- puede madurar hasta su verdadera grandeza¹⁰⁸. “Un *eros* degradado a puro ‘sexo’, a mercancía, a objeto, a cálculo, va creando una vivencia en las personas con esas mismas características, perdiéndose la dignidad humana y la tarea del *eros* que es ‘remontarnos en éxtasis’” hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de “*ascesis*, renuncia purificación y recuperación”¹⁰⁹.

El papa se plantea una pregunta interesante: ¿cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina?

¹⁰⁵ Cf. DCE 4.

¹⁰⁶ Cf. DCE 4.

¹⁰⁷ Cf. DCE 5.

¹⁰⁸ Cf. DCE 5.

¹⁰⁹ DCE 5.

Y comenta que el libro del Cantar de los cantares, lleno de cantos que exaltan el amor conyugal, utiliza dos términos diferentes para indicar el “amor”: la palabra *dodim*, un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada, y la palabra que reemplaza a ésta primera que es *ahabá*, que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina con el vocablo de fonética similar, ágape que se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor¹¹⁰.

Ya que ágape expresa la experiencia del amor como descubrimiento del otro, supera el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior *dodim*. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, ni sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca¹¹¹.

Este amor aspira a lo definitivo en un doble sentido: implica exclusividad y eternidad. El “éxtasis” es entendido como camino permanente de salida del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios. Lejos está de ser un arrebató momentáneo. Este es el amor con el que Jesús nos ha amado. Es la esencia del amor¹¹².

Ante la contraposición histórica del amor como eros (amor mundano, ascendente, vehemente y posesivo, *concupiscentiae*) y el amor como ágape (amor en la fe, descendente y oblativo), Benedicto XVI afirma que en realidad eros y ágape nunca llegan a separarse completamente, se complementan, se necesitan el uno y el otro. En definitiva, concluye el papa que, en el fondo, el “amor” es una única realidad, con diversas dimensiones.

Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí

110 Cf. DCE 6.

111 Cf. DCE 6.

112 Cf. DCE 6.

misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará “ser para” el otro. Así, el momento del ágape se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don”¹¹³.

Ya asumida esta resignificación del amor a partir de la clarificación de los términos de eros y ágape como provenientes de Dios mismo, el papa analiza la imagen bíblica de Dios como amor, expresando que este Dios creó al ser humano y al crearlo lo ha amado porque es obra de sus manos. Su amor es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente ágape¹¹⁴.

Dios ama con amor erótico y agápico y desde ese presupuesto se entienden las imágenes de los profetas Oseas¹¹⁵ y Ezequiel, quienes ilustran la relación de Dios con Israel con la metáfora del noviazgo y el matrimonio. Es una historia de amor. Dios muestra la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo mediante la Torah. El hombre viviendo en fidelidad al único Dios, “se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y

113 DCE 7.

114 Cf. DCE 9.

115 Hay que recordar que principalmente Oseas somete la clásica categoría de la alianza a una interpretación original. La alianza había sido comprendida en términos de contrato solemne, casi “político”. Con Oseas, la relación de alianza entre Dios e Israel se interpreta sobre la base de una analogía psicológica, como si se tratara de la relación cariñosa de dos enamorados que se buscan en el gozo y en la intimidad. El amor humano se convierte en paradigma para hablar del amor de Dios al hombre y de la respuesta humana al Dios que es amor (cf. Os 4:8.16). Oseas utiliza el lenguaje matrimonial para explicar la comunidad de amor entre Yahvé y su pueblo, cuando habla de infidelidad conyugal de su pueblo se refiere concretamente a la idolatría, y para proclamar el cariño de Dios a su pueblo, ningún otro símbolo más expresivo que la fidelidad matrimonial de Oseas. A pesar de la infidelidad, Oseas busca a su esposa y vuelve junto a ella, la recibe y la perdona con un afecto impresionante: “por tanto, he aquí que yo la seduciré y la conduciré al desierto, y le hablaré al corazón” (Os 2:16), “y te desposaré conmigo para siempre; sí, te desposaré conmigo en justicia y derecho, en clemencia” (Os 2:21). En definitiva un matrimonio conflictivo ha servido de vehículo para el conocimiento de Dios; a través de una experiencia dramática, el amor de Dios se ha hecho más comprensible. Cf. Jesús María Asurmendi, *Amos y Oseas*, (Estella, Navarra: Verbo Divino, 1993), 37; Hans Walter Wolff, *Oseas hoy. Las bodas de la ramera*, (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1984), 19.

descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial¹¹⁶.

La historia de Israel muestra que el amor de Dios se da gratuitamente, sin ningún mérito. Es amor que perdona. Dios es un amante que ama con toda la pasión de un verdadero amor.

La imagen de la manera de amar Dios a su pueblo es la misma imagen que se aplica a la manera de amar el hombre a la mujer en intimidad, comunión, fidelidad y exclusividad¹¹⁷. Esta imagen de la manera de amar de Dios llega a su plenitud en Jesús de Nazaret, en el amor eucarístico, el mismo amor con el que se debe amar en el seno de la familia: un ágape eucarístico de entrega, fidelidad, unión y sacrificio¹¹⁸.

Benedicto XVI comentando el amor con el que Dios nos ama desde el profeta Oseas dirá que:

El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor¹¹⁹.

Jesús va a encarnar este amor y con sus actos va a decir quién es Dios. Es el Padre de la misericordia que perdona, que busca a la oveja extraviada con un amor de Padre. Este amor que es dado gratuitamente invita a darse a los demás de igual modo a cualquier ser humano que tenga necesidad y al que se le pueda ayudar, como lo explica la parábola del buen samaritano¹²⁰.

116 DCE 9.

117 El Papa, comentando el texto bíblico de Génesis 2:24: ("por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne"), dirá que en él se encuentran las notas del amor conyugal: *íntimo* (expresión de la comunión y complementariedad entre el hombre y la mujer); *único y definitivo* (imagen de la relación de Dios con su pueblo y de su amor fiel); y *exclusivo y único* (ya que los dos seres son "una sola carne") (cf. DCE 10-11).

118 Cf. DCE 10-11.

119 DCE 10.

120 Cf. Lc 10:25-37.

Tal amor se encarna en Jesucristo y su acto de entrega hasta el extremo en la cruz es el signo más claro de este amor. El papa lo resumirá con esta invitación:

Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor” (1 Jn 4:8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar¹²¹.

En la Eucaristía, Jesús perpetúa este acto de entrega. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre¹²². En la Eucaristía somos uno con Cristo y nos ponemos en comunión con todos los demás a los que él se entrega. Estar y comer a Cristo en la Eucaristía es unirnos íntimamente a la humanidad por la cual Cristo se ofrece. Nos hacemos un “cuerpo”, aunados en una única existencia, en palabras del papa. El ágape se hace y toma el nombre de Eucaristía. En el “culto” mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros¹²³.

Desde la lógica del amor o de las exigencias del amor, el otro es mi “prójimo”. El prójimo es aquel que está cerca, que tiene necesidad de mí y le puedo ayudar. Jesús se identifica con los pobres, es decir, aquellos que se entienden necesitados del amor de Jesús; porque como lo expresará el papa, “el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”¹²⁴.

¹²¹ DCE 12.

¹²² Cf. DCE 13.

¹²³ Cf. DCE 14.

¹²⁴ DCE 16.

Este breve recorrido sobre el significado del amor en Benedicto XVI ofrece una luz importante en nuestra consideración de la familia como comunidad de amor, ya que invita a la familia a vivir en su interior y a proyectar en el mundo el ágape de Dios. La manera de estar de la familia en el mundo es desde la vivencia del amor de Dios, que lejos de ser un veneno es el antídoto para el desamor que vive la cultura actual. Un amor que invita a realizar el tránsito del egoísmo hacia la donación como modo de ser feliz y adquirir verdadero sentido humano. La evidencia de este amor de Dios planteado como salida de sí mismo hacia el otro “ayudará a descubrir el dinamismo innovador y renovador de un Dios eros y ágape, cuya expresión máxima lo constituye Jesucristo, amor encarnado y crucificado. En él los conceptos alcanzan un realismo inaudito que estremece y el amor una radicalidad de entrega que enmudece”¹²⁵.

La familia: espacio privilegiado de la vivencia y educación en el ágape de Dios Trinidad

La crisis actual del ser humano se entiende principalmente desde la negación del amor, que le ha llevado a ocultar la verdad sobre el hombre y el verdadero amor. En los documentos principales del magisterio de la Iglesia sobre la familia late una verdad fundamental: existe un lugar en el mundo en el que el ser humano es acogido al nacer y en el que puede ser educado en el amor. Ese primer lugar es la familia, iglesia doméstica.

Esta capacidad de amar le es dada al ser humano por Dios y sólo en Él esta sed de amor que lo acompaña puede ser colmada. La familia es el espacio privilegiado para la experiencia de este amor divino. Ella es la mediación primera en la que se experimenta un amor humano iluminado y sostenido por el amor divino que puede colmar al hombre su sed. Eso es en profundidad la familia cristiana. Ella adquiere su identidad divina si se fragua este amor. El matrimonio,

¹²⁵ Cf. del Cura, “La unidad del amor en sus distintas dimensiones: relevancia de un armazón teológico presente en la encíclica ‘Deus caritas est’”, en: Flecha (coord.), *Dios es amor. Comentarios a la Encíclica de Benedicto XVI, Deus caritas est...*, 151-171, p. 167.

como base de la familia está orientado a ser expresión y testimonio de este amor divino.

Sólo el que recorre la dialéctica comprometida de la gratuidad, de la gratitud y de la comunión libre y liberadora, avanza de veras por el camino de la vida; a él es a quien se revela la profundidad de las cosas, el sentido del vivir y del morir humano, la belleza de existir en comunión. Todo esto no puede desarrollarse en la soledad de un espíritu ahído de sí mismo, que sólo se ama a sí mismo: la alteridad que requiere el amor es real, es un verdadero tú, un verdadero nosotros [...] La comunidad es la ‘casa’ del amor: traduce, en la concreción de los días, la verdad de la historia del amor¹²⁶.

La familia está llamada a ser la “casa” del amor, a escribir su historia como historia de amor. Desde esa clave se comprende que la familia no es solo un “estar juntos” sino un amarse juntos, convivir en el amor. “La familia es comunidad de amor y de vida. Todo lo grande se comprende y se lleva a cabo por amor. El amor debe de unir a todos los miembros de la familia, y desde esa unidad se transmitirán los valores. Convivir no es vivir juntos exclusivamente, sino buscar la concordia total de vida y vivir unos para los otros”¹²⁷.

El amor es el único fundamento y centro de la familia, desde éste puede encontrar su fuerza rejuvenecedora dentro de sí misma y su credibilidad hacia fuera. “Un amor que es Dios en sí mismo, en su vida divina de plenitud, y que es el origen, el principio y el fundamento de toda la realidad. Un amor que nos ha sido revelado en la cruz de Cristo y que, derramado en nuestros corazones por su Espíritu, provoca en nosotros la respuesta agradecida del amor a Dios y a los hermanos”¹²⁸.

Afortunadamente la Iglesia insiste cada vez más en el papel fundamental de la familia en la educación para el amor que lleve hacia la plenitud de la vocación del ser humano que es al amor. Este amor que la familia acoge, vive y educa es un amor divino que tiene como fin crear seres humanos auténticos. La familia, por tanto, es ese espacio

126 Forte, *La Iglesia de la Trinidad: ensayo sobre el misterio de la Iglesia, comunión y misión...*, 35.

127 Galindo, “Educación de los hijos en un contexto de crisis de valores” ..., 63.

128 Cordovilla, “Sola caritas”, Presentación a la obra de von Balthasar, *Solo el amor es digno de fe...*, 9.

de humanidad que toda persona necesita para experimentarse única, amada, y valorada desde lo que es. Si esa experiencia es frágil o no se presenta en la vida adulta, se pueden presentar dificultades personales de socialización y dificultades a la hora de construir la propia familia.

El papa Benedicto XVI, en el mensaje para la celebración de la XLI jornada mundial de la paz del 1 de enero de 2008, recordaba lo anterior, al afirmar que la primera forma de comunión entre las personas es la que el amor suscita entre un hombre y una mujer decididos a unirse establemente, para construir juntos una nueva familia en una comunidad de amor, “lugar primario de ‘humanización’ de la persona y de la sociedad, la cuna de la vida y el amor”¹²⁹.

Amor y humanidad están entrelazados, cuanto más nos amamos más humanos somos y viceversa. Este amor se practica, se aprende, en el “hogar del amor” que es la familia. ChL 40 lo expresa claramente cuando afirma que la familia, cuna de la vida y del amor en la que el hombre nace y crece, es el lugar antropológico por excelencia, ya que la persona humana tiene una nativa y estructural dimensión social en cuanto que es llamada, desde lo más íntimo de sí, a la comunión con los demás y a la entrega a los demás.

De este modo, la familia es maestra de humanidad porque es maestra en el amor. Su testimonio conyugal y familiar es la forma concreta de realizar la vocación fundamental e innata de todo ser humano, que es amar¹³⁰. Ella está llamada a vivenciar los valores humanos auténticos y a proclamar al mundo la verdad del hombre creado por y para amar.

Tal educación humanista es ante todo moral y hace referencia a la educación de la conciencia moral que hace a todo hombre capaz de juzgar y de discernir los modos adecuados para realizarse según su verdad original. Se convierte así en una exigencia prioritaria e irrenunciable¹³¹. Ante la influencia del ambiente y de los medios de comunicación social, esta función de la familia cumple un papel importante de educación moral y de comprensión de la vida en los jóvenes, en

129 Cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la jornada Mundial de la Paz “Familia humana, comunidad de paz”,* (1 de enero de 2008): AAS 100 (2008), 41.

130 Cf. FC II.

131 Cf. FC 8.

torno a valores que les permitan sobreponerse al ambiente cultural de hoy.

Para que la familia pueda ser escuela de humanismo y promover los derechos humanos inherentes a ella ha de encauzar el *ethos* de la vida familiar a través del sistema de valores que giran en torno al eje axiológico de la solidaridad: el sentido de la verdadera justicia que lleva al respeto de la dignidad personal de cada ser humano; el sentido del verdadero amor, vivido como servicio desinteresado hacia los demás; el don de sí mismo, como ley que rige las relaciones familiares; la formación en el hogar de personas concienciadas, con actitud crítica y dialogante, a fin de advertir, de sentir, de denunciar y de solucionar las injusticias sociales¹³².

Con razón el Concilio había expresado que el amor de los esposos, su generosa fecundidad, su unidad y fidelidad son rasgos propios de la familia cristiana, porque son los rasgos del amor de Dios al hombre, de Cristo a su Iglesia¹³³. Este amor es el que debe enseñársele a los hijos, ya que ellos son ciertamente el regalo más hermoso del matrimonio y contribuyen muchísimo al bien de los propios padres¹³⁴. Y a la entrega de los padres corresponde el sentimiento de gratitud, de amor filial, de confianza, de asistencia por parte de los hijos en las adversidades, especialmente en la soledad de la vejez o viudez, entendida esta solidaridad no como obligación, sino como correspondencia del amor familiar: la amable cooperación de todos los miembros¹³⁵.

La primera tarea de los padres es educar en el amor. No solo es necesario procurar el alimento y el techo necesario para el hijo que llega, sino que esos padres están llamados por Dios a construir una comunidad de vida en el amor, teniendo como referencia a Dios y a su ágape. Tal compromiso educativo teniendo como fuerza el amor de Dios es el pilar en el que el magisterio de la Iglesia insiste para que la

132 Cf. Ángel Galindo, "La familia y la vida a la luz de la encíclica Caritas in Veritate", 12, en: <http://www.instituto-social-leonxiii.org/articulos/pdf/2009AngelGalindo>.

133 Cf. GS 48.

134 Cf. GS 50a.

135 Cf. GS 48.

familia cumpla su misión en el mundo como iglesia doméstica, icono de la Trinidad y célula transformadora de la sociedad.

Esta educación en el amor solo es posible si Dios es el centro de la familia, si Dios sostiene el amor familiar, si se ama a la manera de Dios. Las familias están invitadas a hacer alianza con la sabiduría divina para reconstruir la cultura actual del desamor en cultura del verdadero amor. “Una sabiduría de la que todo hombre ha sido hecho partícipe por el mismo gesto creador de Dios. Y es únicamente en la fidelidad a esta alianza [con la sabiduría] como las familias de hoy estarán en condiciones de influir positivamente en la construcción de un mundo más justo y fraterno”¹³⁶.

La familia cristiana como comunidad de amor, lugar privilegiado de la acogida, vivencia y educación en el amor de Dios tiene una peculiaridad propia y es que no es meramente una realidad antropológica o social, cuya función es proteger al ser humano y capacitarlo para el ejercicio social, es mucho más. Es una realidad teologal, una realidad divina, fundada por Dios, en y desde su amor, para la salvación del ser humano.

El ser humano se perfecciona, aprende a amarse a sí mismo, a Dios y a los demás en la familia. Mediante el ejercicio del amor humano a la luz del amor divino sus miembros se santifican porque realizan el itinerario salvífico de ser cada día imagen de Dios para el mundo. Un Dios que, como hemos profundizado, es comunión, familia, vida.

El rostro de la familia como comunidad de vida y amor es necesario para el mundo. Si las familias viven en plenitud, su función de ser maestras de experiencia de Dios y de su amor, educadoras en la fe, el mundo tendrá esperanzas de ser un lugar en el que el rostro de Dios sea cada vez más transparente y donde el amor misericordioso de Dios se haga visible en todos los seres humanos, especialmente en aquellos que sufren y tienen necesidad del verdadero amor.

¹³⁶ FC 8.

